

## **LAUDATIO DEL DOCTORANDO ARMAND MATTELART QUE PRONUNCIA EL DOCTOR BERNARDO DÍAZ NOSTY EN APOYO DE LA PETICIÓN DE CONCESIÓN DEL SUPREMO GRADO DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA**

Rectora magnífica, autoridades, compañeras y compañeros, amigas y amigos, me corresponde el honor de dar continuidad a las palabras de la profesora Ana Jorge Alonso en este solemne acto de investidura de los profesores Mattelart.

«Hay que evitar las hagiografías», me sugirieron Armand y Michèle.

Con su indicación, me sentí liberado de esa modalidad de construcción retórica que igual describe la vida de los santos, que lleva el culto a la personalidad al nivel artificioso de la propaganda.

Aunque Armand y Michel están mucho más cerca de los santos que de los caudillos, porque tienen algo de santos laicos, voy a optar, al destacar sus fortalezas, por un discurso algo alejado de la complacencia litúrgica de la academia.

Quiero advertir que me cuesta distinguir, y aún más separar, la labor intelectual de Armand de la de Michèle, porque no se entienden el uno sin el otro.

Michèle y Armand son, de hecho, una pareja de ideas, de ideas sin etiquetas, que anteponen la dimensión social de la realidad y, por ello, su evolución liberadora, a otras preocupaciones.

Y se ejercitan en la disciplina de la crítica como la instancia cívica y académica que rige el sentido ético de la acción.

Ahora, al justificar el reconocimiento de los méritos de los Mattelart, nos unimos a otros solemnes homenajes que hicieron causa de honor en universidades de México, Argentina y Chile.

En Monterrey, tuve el privilegio de glosar la figura de Armand, con ocasión de su *honoris causa* por la Universidad Autónoma de Nuevo León, y allí descubrí, permitidme la confianza, nuestra común escasa afición a las togas y a los birretes, desde la comprobación empírica de que el hábito no hace al monje...

Tengo, querida rectora, queridos amigos, una idea de los Mattelart construida en parte desde la intuición, que es el catalizador que repentiza el conocimiento previo.

Con la intuición he cubierto vacíos que, a mi entender, dejaban las lecturas superficiales de sus trayectorias vitales e intelectuales, donde las etiquetas parecen buscar más el beneficio de quien las pone que el de quien las recibe.

De ese modo, se les acerca a minifundios del saber o a orientaciones raquílicas que no siempre describen la profundidad del pensamiento de los Mattelart.

Además del sentido ético, en sus preocupaciones prevalece el norte invariable de la cultura democrática, como ideología del espacio público, donde se hace resistencia a los asaltos corsarios y se pone foco a las degradaciones corruptas.

De ahí que insista en la vertiente ética de sus discursos, en la dimensión antiautoritaria, en la dirección emancipadora, en el afán regeneracionista, en el primado envolvente de la libertad.

Como integrantes de esta institución académica, compartimos con los Mattelart, con Michèle y con Armand, la lealtad a lo público y la obligada disciplina de la libertad de pensamiento.

Y entendemos la Universidad como foro de debate, como lugar de experimentación social y de residencia del espíritu latente de transformación.

Nunca, claro, como un *ring* del canibalismo que, desde la frustración de las miserias intelectuales, devora el conocimiento ajeno y envuelve propuestas espurias con etiquetas de excelencia.

Es preciso mantener y acentuar la lógica que hace de la universidad pública fuente necesaria de la alfabetización en los valores cívicos y de progreso.

Siempre, dos pasos por delante de la retórica vacía, de la ortopedia que imposita el discurso cojo, porque no se debe olvidar que una de las razones de nuestra actual crisis radica, precisamente, en que ciertas mentiras o medias verdades del pasado hoy ya no engañan a nadie o engañan menos y a pocos...

Hay algo más en la pérdida de pulso de la universidad pública, que ya escuché hace tiempo a los Mattelart, y es el cambio que relega las ciencias del pensamiento a una especie de marginalidad estéril de la especulación intelectual.

Es decir, un cambio que adapta los objetivos de la instrucción a los requerimientos exclusivos de la industria y del mercado.

Se margina así, en buena medida, la creatividad social y el crecimiento intelectual, como instancias de los procesos cognitivos que informan derechos y libertades, e impulsan las transformaciones en el espacio público.

No busquemos en otro lugar, porque es en la esterilización de la capacidad especulativa y crítica del pensamiento donde se hallan las raíces de la profunda crisis de nuestros días, donde nace la degradación de nuestras instituciones.

También, la debilidad de nuestras universidades...

Porque, como señalan nuestros homenajeados, al tiempo que eso ocurre, se magnifican valores que, sin soportarse en la ética, pueden conducir a la corrupción moral, que es la madre de todas las corrupciones.

Para salir de la crisis, nos alertan los Mattelart, es más necesario que nunca el restablecimiento del equilibrio entre el conocimiento científico-técnico y el saber de las humanidades y de las ciencias políticas, jurídicas y sociales que se ejercitan en el progreso de la cultura democrática, de la justicia, del cosmopolitismo, de la ilustración, y alimentan cuestiones fundamentales como la consecución de la felicidad y de la paz.

Hemos conocido estas y otras virtudes en el discurso ético de Armand y Michèle Mattelart.

Hemos hallado en ellos el necesario ensamblaje de las lógicas académica y cívica.

Desde esa dimensión regeneracionista de lo público —y ahí también radica la innovación y emprendimiento de la Universidad— se debe contribuir a crear las bases científicas de un nuevo paradigma, y a enfrentar el conocimiento a la irracionalidad del miedo inducido que destruye el edificio social.

No es posible aceptar, y en ello tomamos en esencia el pensamiento de los Mattelart, los modelos que esterilizan el debate crítico en la Universidad, porque el debate crítico está en la base de la acción propositiva, en la lógica de la construcción de la historia.

Por supuesto que son fundamentales las soluciones técnicas que mueven los autómatas, como lo son las que renuevan las fuentes de energía, aumentan las expectativas de vida, impulsan el desarrollo de nuevos materiales, indagan en

las regiones oscuras de la mente o consiguen crear ADN sintético en una célula compleja...

Con ser enormes esos avances, el círculo del progreso no se cierra si falta la argamasa de la construcción social, porque esta determina el desarrollo cultural y político, y lo hace en consonancia con las fuentes de soberanía, con el desiderátum de libertad y justicia.

Y también está directamente relacionado con la autonomía individual, con la riqueza social de la democracia.

En nuestro entorno disciplinar más cercano, el de la comunicación, donde los Mattelart han sentado cátedra y son referencia, nos encontramos ante un escenario de oportunidades fantásticas, donde, en ocasiones, por ausencia de discurso crítico, es difícil advertir los riesgos potenciales o las derivas no deseadas.

La ausencia de base crítica, desplaza una buena parte de los esfuerzos académicos y de las investigaciones en el campo de las ciencias sociales y, más concretamente, en el de la comunicación, a la producción de lo estéril y de lo efímero.

A planteamientos empíricos bien diseñados, metodológicamente correctos, que, sin embargo, ofrecen resultados inútiles, que verifican lo irrelevante. Su valor es puramente instrumental, en términos de acreditaciones profesionales, dentro de un sistema muy cuestionado de evaluación y gratificación del trabajo científico.

En este sentido, siempre hemos tenido muy presente la crítica de Armand Mattelart al empirismo reduccionista, como a ciertas modas arraigadas en los estudios culturales, que ahora debemos ampliar y extender a otros campos, donde hacen gimnasia compulsiva numerosos investigadores, consiguiendo con ello mucha más masa muscular que desarrollo académico e intelectual.

La humanidad trabaja también con los motores que mueven las utopías. Esa es la tecnología de la acción social.

En su compromiso con las ideas emancipadoras, los Mattelart nos hacen pensar sobre el mundo de las utopías.

Las utopías como memoria intelectual e inventario de las aspiraciones del ser social.

Las utopías como ilusiones rotas y asignaturas pendientes en la dialéctica de la historia. Las utopías de justicia, de igualdad, de género y de todo género...

Las utopías como patrimonio del banco mundial de la ilustración, de la iluminación y del pensamiento para el rescate de la dignidad que da sentido a la evolución social del ser humano.

Aún hoy, la libertad de expresión y la transparencia están lejos de las falsas ilusiones de la postmodernidad y siguen pivotando el desiderátum de un nuevo paradigma.

Por eso es necesaria la luz del pensamiento para distinguir la naturaleza de soluciones que son abrazadas como liberadoras, y que, sin embargo, pudieran entrañar riesgos para el conjunto de las libertades.

Hablo aquí, siguiendo en ello las pautas que nos sugieren los Mattelart, de las redes sociales y de otras soluciones de la comunicación emergente, bajo la hipótesis de que estas extensiones tecnológicas pudieran constituir un nuevo y poderoso aparato de vigilancia y control, dentro del discurso hegemónico de lo individual.

La nueva sociedad vigilada, pero ya no por obra de los panópticos de los regímenes autoritarios, o de las ficciones a lo Orwell, sino desde el corazón de las democracias, de forma automática e invisible, como afirmaba Armand en una reciente entrevista en Televisión Española.

El descrédito de los medios, las debilidades de la libertad de expresión, los medios intervenidos o patrocinados, ya no solo por las grandes corporaciones, sino también por las instituciones, donde el dinero público convierte la información en propaganda, son síntomas de un fin de ciclo, de la metástasis generada por la ausencia de ética.

La comunicación con la que soñamos, la universidad que exigimos y la sociedad que anhelamos, participan de un mismo paradigma ético. Un paradigma que pasa por el rescate de las utopías sociales y por el impulso de regeneración que los Mattelart proyectan en sus escritos y propuestas.

Lecciones que a nosotros, como universitarios, nos conciernen no solo en la labor de transmisión del conocimiento específico, sino en la conducta ejemplar y en la defensa de los valores éticos del espacio público, en un momento en el que las nuevas generaciones, herederas de nuestros fracasos, necesitan ideas para cambiar la historia.

Rectora magnífica, estamos ante dos candidatos que llenan vacíos con causa y dan al pensamiento argumentos honorables. Por ello, le ruego que, en nombre

de los órganos democráticos de la Universidad que usted preside, se haga pública la concesión los supremos grados de doctores *honoris causa* a los profesores Armand Mattelart y Michèle Mattelart.